

con ello andaremos descansados y seguros, y el demonio no tendrá tanto lugar de engañarnos (1).

3.^a En fin, procuremos conservar durante el día el calor de la devoción andando recogidos y en frecuente trato con Dios, recordando y saboreando lo que más nos hubiere movido en la oración, y esto nos facilitará maravillosamente la práctica de nuestros propósitos, y al mismo tiempo allanará el camino para el cumplimiento de los amorosos designios que Dios tenga sobre nosotros.

Hagámoslo así, herm. mías, por Dios y por nuestra alma. Á pelear sin descanso con este *cuerpo de pecado* (2) y con el *demonio nuestro adversario* (3), porque uno y otro han de emplear todas sus fuerzas para obligarnos á dejar la oración, que es el arma más formidable contra el poder de las tinieblas (4). Con tentaciones ó sin ellas, con sequedades ó dulzuras, enfermos ó sanos, en casa ó fuera de ella, no dejemos nunca la oración mental, y cada día hallaremos más *suave el yugo del Señor* (5), y disminuirán nuestras faltas cotidianas, y aumentará en nuestros corazones el amor de Dios, hasta que logremos unirnos con Él en esta vida por la fe y la caridad (6), y en la otra por la gloria que no ha de tener fin (7).

(1) Moradas, VI, 6.

(2) Rom., VI, 6.

(3) I. Petr., V, 8.—Ephes., VI, 12.

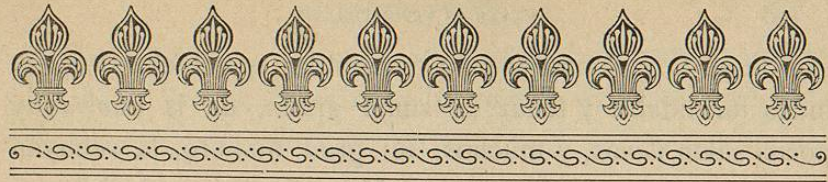
(4) Marc., XIV, 38.

(5) Matth., XI, 30.—I. Joann., V, 3.—II. Corinth., IV, 17.

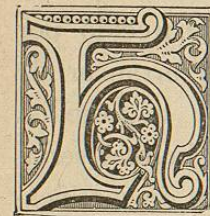
(6) Osee, II, 20.—I. Joann., IV, 16.—I. Joann., III, 24.—Ephes., III, 17.

(7) Psal. XVI, 15.—Psal. CXI, 3.—II. Petr., III, 18.—Apocal., I, 6.

DEL EXAMEN PARTICULAR



DEL EXAMEN PARTICULAR



EMOS de confesar que, si bien el servicio divino es nobilísimo y muy honroso para el alma, y los caminos que á Dios conducen están bañados de cierta dulzura y suavidad, exige también soberanos esfuerzos, sacrificios muy costosos á nuestra naturaleza, lo cual amarga y dificulta esta noble empresa, de suyo dulcísima y facilísima, y por ello muchas almas se desalientan y vuelven atrás y corren inminente peligro de perderse para siempre. Así lo expresa el autor de la «Imitación de Cristo», diciendo: «Una cosa retrae á muchos del aprovechamiento y de la fervorosa enmienda: el temor de las dificultades ó el trabajo de la pelea. Ciertamente los que progresan más en la virtud, son aquellos que hacen mayores esfuerzos para vencer lo que más molesta y repugna» (1). Ya lo dijo Jesucristo por San Mateo: *El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan* (2). Luego es forzoso el pelear, si queremos *ser coronados con justicia* (3). Por

(1) Lib. I, cap. XXV.
(2) Matth., XI, 12.

(3) II. Timoth., II, 5.—II. Timoth., IV, 8.—Jacob, I, 12.—I. Corinth., IX, 25.

eso deseo hoy alentaros para emprender una lucha titánica, lucha formidable y tenaz en sumo grado, de la cual muy pocos salen ilesos, y muchos, un gran número, la rehuyen ó caen vencidos y derrotados. Me refiero á la lucha con nuestra pasión dominante, enemigo doméstico el más temible (1); pues, como afirma San Pablo, *no hemos de luchar contra hombres de carne y sangre, sino contra los espíritus de las tinieblas, príncipes de este siglo* (2), los cuales se sirven de las pasiones y apetitos depravados para armarnos emboscadas y hacernos caer en pecado.

El medio más adecuado para combatir con éxito esta pasión, es el examen particular, medio maravilloso—practicado por todos los santos y eficazmente encarecido por todos los maestros de la vida espiritual—para arrancar de nuestro corazón esta pasión abominable que imposibilita todo progreso en los caminos del espíritu. Inútiles serán nuestros esfuerzos y fracasarán cuantos medios de santificación logremos practicar, si no comenzamos por inquirir la índole de este enemigo insidioso que, escondido en los repliegues más ocultos de nuestro corazón, sobre ser la causa de casi todos nuestros pecados, logra emponzoñar aún las virtudes más heroicas y los actos más augustos y meritorios del servicio divino. Por lo mismo, repito, deseo adiestraros hoy en el uso de esta arma espiritual; arma que, bien esgrimida, ha triunfado siempre en la lucha contra la pasión dominante, allanando obstáculos y quitando estorbos que impiden al alma avanzar en la obra de su santificación. Ruda es la lucha contra esta pasión infame; pero tenemos asegurada la victoria, si estribamos en la virtud de Dios que pelea con nosotros (3) y *salva á los que en Él esperan*, como dice el real Profeta (4).

(1) Matth., X, 36.

(2) Ephes., VI, 12.

(3) Psal. XVII, 7.—Psal. XC, 15.

Psal. XXXIII, 19.—II. Corinth., I, 4.

(4) Psal. XXXVI, 40.—Eccli., II,

11.

Veamos cuán «necesario» nos es este examen, la «materia» sobre que ha de versar y el «modo» de practicarlo fructuosamente, para no dispensarnos de él mientras nos dure la vida.

Su necesidad. «¿Qué hombre prudente—dice Jesucristo—si quiere edificar una torre, no se *sienta* antes á *pensar* en los gastos de la obra? Ó ¿qué rey, para pelear con un enemigo poderoso, no cuenta antes su ejército y organiza sus fuerzas á fin de evitar una derrota?» (1). En estas dos sencillas preguntas del Salvador, aparece maravillosamente recomendada la necesidad del examen particular. En efecto: por vocación especial, tenemos necesidad de levantar en nuestro corazón el edificio espiritual de la perfección religiosa. La base de este edificio debe descansar, dice San Agustín, sobre profundos cimientos de humildad (2), y trabadas y afianzadas en ella, han de alzarse las diversas virtudes que constituyen el proceso de nuestra vida religiosa, amparadas, defendidas y conservadas por la hermosa virtud de la caridad, que sirve de sólida cubierta á este edificio y contra la cual se estrellarán siempre todas las potestades del mundo y del infierno (3). Pues bien; los materiales, es decir, las virtudes, no se improvisan, y por ello nos exhorta Jesucristo á *pensar*, esto es, á examinar *sentados*, en el reposo y sosiego del retiro, con qué caudal de virtudes podemos contar para emprender esta obra espiritual, y si éstas son sólidas ó aparentes, si estriban en la *piedra viva*, *Cristo Señor nuestro* (4), *manso y humilde de corazón* (5), ó en la arena movediza de nuestro amor propio (6). Además, entre los numerosos ene-

(1) Luc., XIV, 31.

(2) Serm. 10, de verb. Domini.

(3) I. Corinth., XIII, 13.—Rom., VIII, 35.

(4) I. Corinth., III, 11.—I. Corinth., X, 4.—II. Timoth., II, 19.

(5) Matth., XI, 29.—Joel, II, 13.—Psal. LXXXV, 5.

(6) Matth., VII, 26.

migos que han de combatir la obra de nuestra santificación, los más temibles son los domésticos (1), los que viven con nosotros, las pasiones y apetitos depravados, descollando entre ellos la pasión dominante, la más funesta de las pasiones; de modo, que en la práctica de las virtudes, debemos imitar á los judíos que reedificaban las murallas de Jerusalén *sin soltar la espada de sus manos* (2), y esta espada es el examen particular, necesario, indispensable—como veis—para llevar al cabo esta noble empresa. Pero no basta conocer cuál es el enemigo ó pasión que nos combate, dificultando ó entorpeciendo nuestro progreso en el servicio divino con las frecuentes faltas en que nos envuelve á cada paso; es necesario además buscar la raíz de donde proceden estas caídas y esmerarnos en adquirir las virtudes opuestas, pasando de unas á otras y disponiendo nuestro corazón para la unión con Dios por la caridad (3). Á ello tiende también el examen particular, toda vez que nos descubre el origen de las pasiones que nos dominan, sus caracteres y sus tendencias, y nos da á conocer el modo de evitarlas huyendo de las ocasiones y peligros. El alma que asiduamente lo practica, va descubriendo y como desdoblado los pliegues más ocultos del corazón, para aplicar el cuchillo de la circuncisión á toda tendencia dañada, á toda afección mal dirigida ó que intente arraigar el amor á alguna criatura. De esta suerte adquiriremos la *limpieza de corazón* que nos hace *bienaventurados* (4), y podremos decir con el profeta: *Mi alma está siempre en mis manos* (5). Merced á este examen, tendremos siempre en nuestras manos las riendas de todos nuestros afectos para gobernarlos según la Ley Dios, y para que la carne no prevalezca contra el espíritu (6), hasta lograr la

(1) Mich., VII, 6.—Matth., X, 36.
 (2) II, Esdræ, IV, 17.
 (3) I. Joann., IV, 8.—Joann., XIV, 23.

(4) Matth., V, 8.
 (5) Psal. CXVIII, 109.
 (6) Galat., V, 17.

completa posesión de nosotros mismos. Y ya tenéis indicada la materia sobre que ha de versar este examen.

Materia del examen. Hablando con «los que empiezan á servir á Dios», da San Ignacio de Loyola una gran enseñanza de santa discreción, aconsejándoles que cuando hagan el examen particular de conciencia, se propongan combatir, no el defecto que les parezca más grave, sino el que sea más ocasionado á causar al prójimo daño ó escándalo. La razón es porque importa mucho á la santidad de la vida interior el buen trato con los prójimos, pues esto es necesario, si hemos de ser para ellos el *buen olor de Cristo*, como dice San Pablo (1), *y si nuestra luz ha de brillar delante de los hombres, para que vean nuestras buenas obras y den gloria á nuestro Padre que está en los cielos* (2). No obstante, como advierte el P. Rodríguez (3), no se ha de pasar toda la vida en traer examen particular de las faltas exteriores, porque éstas son más fáciles de enmendar que las interiores, y en éstas estriba la perfección, pues, como dice el Profeta: *Toda la gloria de la hija del Rey*—esto es, del alma—*está en el interior* (4), y además, que aun para quitar esas faltas exteriores, conviene traer examen particular de alguna virtud ó perfección superior, porque muchas veces suele ser ese medio más eficaz para ello y más breve y suave. Por ejemplo, ¿acostumbráis á hablar á vuestras hermanas con aspereza ó demasiada libertad? Pues sea materia del examen el creerlas á todas con grandes merecimientos delante de Dios, y á vosotras siervas inútiles y sin provecho (5), y de esta suerte trataréis á todas con humildad y grande reverencia, como Dios nos trata á nosotros (6). ¿Os repugna el cargo, oficio ú ocupación que os ha confiado la obediencia? Traed examen particular de

(1) II. Corinth., II, 15.

(2) Hebræ., X, 24.—Matth., V, 16.

(3) Part. I, trat. VII, cap. 3.

(4) Psal. XLIV, 14.—Matth., XV, 18.

(5) Luc., XVII, 10.

(6) Sapient., XII, 18.